



AFORISMOS Y DEFINICIONES

IV

UN lector de nuestros Aforismos, a quien, por otra parte, le preocupa profunda y extensamente la propaganda que del pecado original está haciendo nuestro amigo don Ramiro de Maeztu, nos escribe, y alarmado, pidiéndonos, entre otras cosas, que le definamos el misticismo. Pues ahí es nada. ¡Definir el misticismo! ¡Antes la democracia o el humorismo!

Y por cierto que nuestro lector—que parece hombre nada lerdo y bastante culto—enlaza, no sabemos por qué, eso del misticismo con el pecado original, y nos pregunta si no será aquél algo así como un humorismo a lo divino. Nos cita, tomándolo de uno de nuestros escritos—es decir, nos recita—, aquella expresión que en su libro de la *Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma*, capítulo XI, emplea el M. R. P. Fr. Juan de los Angeles, franciscano, cuando dice: «Yo para Dios y Dios para mí, y no más mundo.» A lo que, después de añadir: «¡acaparador!», nos pregunta nuestro lector si eso no es humorismo a lo divino. A lo que sólo le diremos que el codicioso fraile olvidaba la fórmula suprema de la fraternidad con que empieza la oración dominical diciendo: «Padre nuestro...», y no: «Padre mío...», y que har- to trabajo tendría si le dejaban a solas con Dios y sin mundo alguno y sin carne.

Nuestro inquisitivo lector, que conoce nuestras aficiones lingüísticas y que parece saber algo de inglés, nos pregunta, no sin su punta de sorna, si *mística* tiene que ver algo con el inglés *mist*, niebla. Acaso para los ingleses sí, pues resulta difícil desprenderse de esas asociaciones verbales, y nosotros conocimos, en efecto, un escocés que venía a España a estudiar el misticismo, y echaba de menos la *mist*. En cambio, a un alemán, *mística* ha de sugerirle su *Mist*, que quiere decir fiemo.

Y, por cierto, que no ha faltado doctor germano, de esos que saben griego,

que se ha permitido académicos y eruditos juegos de palabras entre *mysticos*, que significa lo relativo a los misterios o iniciaciones, y *misthios*, asalariado.

Le diremos a nuestro lector que en griego el verbo *myo*, de donde derivan *misterio* y *místico*, significa cerrar la boca o cosa que se le parezca. Y añadimos esto porque ese verbo empleaba uno que describía cómo la ostra de la perla puede cerrar sus valvas, coger entre ellas los dedos del pescador y cortárselos. Que es, en este caso, una acción mística.

El iniciado debe cerrar la boca, ya que en boca cerrada no entran moscas; cerrar la boca y abrir mucho los ojos y los oídos. En griego también, *eufemeo*, hablar bien, decir algo bueno, es callarse. Y el mayor eufemismo es callarse. Por lo que se habla de silencios elocuentes, como se dice que uno brilla por su ausencia.

El místico debe, como las aves de presa, abrir mucho los ojos y cerrar el pico cuando no se trata de devorar lo prendido. Ni el águila ni la lechuza cantan. Y nótese que las aves de presa pueden ser, o diurnas como el águila, de la que se dice que puede mirar al Sol cara a cara—corriendo un tercer párpado, dicen los concienzudos naturalistas que no toleran fábulas simbólicas—, o pueden ser nocturnas, como la lechuza. La una ve en lo claro, pero no en lo turbio; mientras que la otra ve en lo oscuro, y no en lo claro. Y por eso es símbolo de la mística el águila de San Juan, el solitario de Patmos, y es símbolo de la ciencia la lechuza de Minerva. Y Minerva misma, o Atenea, tiene ojos de lechuza, ojos *glaucos*; esto es, de *glauco*, o lechuza. La presa de la mística está en lo claro, como que es la claridad suma para la intuición vital, o sea Dios, el Sol de las almas, y por eso cuando el muy reverendo padre fray Juan de los Angeles dice «Dios para mí», le trata a Dios de presa y él se pone de águila que mira al Sol cara a cara. La presa de la ciencia, por el contrario, está en la oscuridad.





en lo que no ve el común de los mortales, y no puede mirar al Sol, a pesar de que los astrónomos le miren. El que mira por el microscopio suele ser a menudo miope. Y en esta palabra miope—*myops*—entra de nuevo el verbo *myo*, cerrar, y *ops*, que significa vista. El miope es, pues, el que tiene vista mística o cerrada, el hombre de ciencia, el que se pone bajo el patronato de la lechuza minervina. Y *myops* significa también el lábano. Y lábanos suelen ser los hombres de ciencia.

Andamos desde hace tiempo recogiendo informes para contar una cierta conversación que sostuvieron al encontrarse entre la isla de Patmos y Atenas, acaso en la isla de Tenos, el águila de San Juan y la lechuza de Minerva, contándose lo que habían visto, la una en el Sol y la otra en la noche. Lo que nos falta averiguar es cuál fué el ave humorística que trató de ponerles de acuerdo, porque nos consta que hubo tal ave. Y que así como el ave mística, el águila, mira al Sol, y el ave científica, la lechuza, mira a las tinieblas, a la noche cerrada y nublada, así el ave humorística contempla a la Luna tratando de descubrir su misterio. El ave humorística es, pues, un ave lunar o lunática, y el misterio de la Luna que trata de descubrir es el de lo que oculta en su espalda, o sea en su otra cara, en la que no nos da nunca. Con la diferencia de que el ave mística, el águila, suele creer que va a ver algo en el Sol, y el ave científica, la lechuza, se figura que ha descubierto algo en las tinieblas, mientras que el ave humorística sabe que nunca verá la otra cara de la Luna, y por eso se divierte en imaginársela y en jugar con ese misterio. Se propone problemas irresolubles a sabiendas de que lo son, y así juega la verdad y juega la vida. Y jugándolas es como se las crea.

Y a todo esto, lector amigo, los místicos y los científicos, los aguileños y los lechuzinos le llaman, con cierto retintín de lástima, ingenio, imaginándose acaso que ingenio es lo contrario de genio, y que lo ingenioso es lo contrario de lo genial. Lo genial es lo profundo, y lo ingenioso es lo extenso — lo largo o lo

ancho—; creen ellos que están ateniéndose a esas categorías fisiológicas.

Aplicando ahora el Arte Magna combinatoria de nuestro don Fulgencio Entrambosmares del Aquilón (v. nuestro *Amor y Pedagogia*), podemos decir que hay una mística de la ciencia o científica, y una ciencia del misticismo o mística; pero una y otra se disuelven en humorismo, o sea en juego genial y divertido. Y todo ello es diversión.

Diversión, del verbo divertirse, verse fuera del cauce, salirse de la corriente, es romper la diamantina vía del destino, quebrar la rígida consecuencia de la lógica—de la lógica científica o tenebrosa, o de la lógica mística o solar—, jugar a la libertad. Y como uno de los tres grandes breches de la libertad del espíritu son el tiempo, el espacio y la consecuencia—lógica—, el espíritu juega a la eternidad, a la infinidad y a la arbitrariedad, juega contra el Destino. Y desatina. Y he aquí por qué con profunda adivinación se les ha llamado lunáticos a los humoristas que, confundiendo la ciencia con la mística, se han buscado un refugio en el fuego de la sabiduría.

Decía Lucrecio que la piedad consiste en poder contemplarlo todo con alma serena, o más bien, apaciguada: *pacata posse omnia mente tueri* (*De rerum natura*, V., 1201), y la sabiduría humorística o simplemente sabiduría, pues la otra es ciencia o es revelación, consiste en poder mirarlo todo con alma retozona. Melancólicamente retozona. Consiste en jugar.

Ahora, que como si no tuviésemos bastante seriedad incapaz de juego, incapaz de sabiduría, con la mística pura y la ciencia pura, se nos ha venido ese subproducto de las industrias mística y científica combinadas, que se llama la sociología, de donde han salido el socialismo maximalista, el sindicalismo, el anarquismo y sus doctrinas contrarias. Y contra esa plaga sociológica, no menos dañina para la diversión del alma que la plaga pedagógica, no cabe más que el genial juego del humorismo.

Miguel de UNAMUNO

